

SECCION IV.

*Por quiénes debemos interceder.*

1.º Debemos interceder por los que están en pecado mortal, y por aquellos que viven fuera del seno de la verdadera Iglesia. Así se lo reveló el Padre Eterno á Santa Catalina de Sena.—«Suplicote encarecidamente, la dije, que ruegues sin cesar por la conversion de los pecadores, en cuyo favor te pido oraciones mezcladas de lágrimas y compuncion, para que pueda Yo satisfacer así mis vivos deseos de mostrarles gracia y misericordia.»—Apénas oyó la Santa semejantes palabras, inflamada en el divino amor, y como fuera de sí, exclamó:—«¡Oh Misericordia divina y Bondad eterna! no me maravilla ciertamente digais á los pecadores que se vuelvan á Vos: *No me acordaré más de vuestras iniquidades*; pero que digais de los obstinados que siempre os están ultrajando con sus grandes crímenes: *Quiero que ruegues fervorosamente por ellos, porque deseo con vivas ansias mostrarles misericordia*, esto sí que es el colmo de la admiracion.»—En otra ocasion habló así Dios á la misma Santa:—«Te recrearás en el árbol de la cruz, comiendo y saboreando allí el manjar de las almas para gloria y alabanza de mi santo Nombre, y llorando amargamente la perdicion del humano linaje; por-

que ya ves, hija mia, que ha llegado á un estado tal de miseria y abandono, que tu lengua no puede encarecer. Los lamentos y gemidos de mis amigos muévenme á usar de misericordia para con el mundo; y hé aquí lo que estoy constantemente exigiendo de tí y de los otros amigos míos. Esa será la señal de que me profesais un verdadero amor; y Yo por mi parte os prometo no desatender nunca vuestros santos deseos.»—Quejóse un dia el mismo Señor á la Santa, diciendo:—«Ve, hija mia, cómo me ultrajan los pecadores con toda suerte de culpas, y en especial con el amor propio, de donde proceden todos los males: virus ponzoñoso que ha inficionado al mundo cual veneno mortífero. El amor propio nace del orgullo, y encierra en sí todo género de males. Vosotros, pues, siervos míos, preparaos con oraciones, súplicas y fervorosos afectos, llorando las ofensas que recibo y la condenacion de los mismos pecadores, para mitigar con semejantes actos la cólera de mi divina justicia.»—Hé ahí, pues, otra práctica muy saludable: la oracion contra el amor propio de todo el humano linaje. Si vosotros padecéis semejante dolencia, rogad por que desaparezca del corazon de los demás: este es un artificio de la vida espiritual que jamás llega á fallar.

Leemos en la vida de Santa Clara de Montefalco, que rogando un dia por cierta persona cargada de culpas y crímenes enormes, y la cual había dilatado su con-

version hasta los últimos años de su vida, la aconteció una cosa muy singular. Al empezar su oracion sintióse por dos veces rechazada por una fuerza oculta, oyendo al mismo tiempo una voz interior que la decía no se cansase en rogar por ese pecador, porque no había de ser atendida. La Santa, sin embargo, volvió por tercera vez á su plegaria, y entónces obtuvo la conversion de la siguiente manera. Presentóse delante de Jesucristo, juez soberano, como si estuviese cargada con todas las culpas de aquel infeliz pecador; y así cargada, se obligó á satisfacer por él, sufriendo todos los tormentos y castigos que desease y exigiese la divina Justicia, hasta que la Bondad infinita tuviera la dignacion de convertirle. Agradó tanto al Señor este heroico sacrificio, que luego al punto fué convertido el obstinado pecador, y vino á llevar en lo sucesivo una vida ejemplarísima.

Santa Teresa da como razon para la fundacion de sus conventos, que siendo tantos los que ofenden á Dios, preciso es que las religiosas rueguen por su conversion, intercediendo asimismo con igual objeto, muy especialmente por los defensores de la Iglesia, y en particular por los predicadores y otras personas letradas, que vindican sus derechos y prerogativas. Yepes refiere en su vida de la Santa, que ésta pasaba noches enteras orando y derramando abundantes lágrimas por la conversion de las almas, señaladamente por aquellas que se hallaban contaminadas

con la herejía, estando dispuesta á dar mil vidas que tuviese por la conversion de una sola. Todos los cuarenta años, prosigue el mismo escritor, durante los cuales se ejerció en la práctica de la oracion de intercesion, nada pedía á Dios con más instancia como la dilatacion de su gloria divina, y aumento de su Iglesia; y añadía la Santa, que hubiera deseado permanecer por toda la eternidad en el purgatorio, con tal que así pudiese haber logrado fuese Dios más conocido y amado de sus criaturas.

Igual espíritu animaba á Santa María Magdalena de Pázzis cuando recomendaba con tanta eficacia á sus monjas que rogasen con vivas ansias por la salvacion de las almas y conversion de los pecadores. Solía decirles, que semejante ejercicio era no ménos grato á los divinos ojos que provechoso á su propia salvacion. Cuando la santísima Virgen envió á San Ignacio á instruir á la misma María de Pázzis en la práctica de la humildad, concluyó el Santo su instruccion con estas palabras:—«Así como el Verbo encarnado constituyó á sus apóstoles pescadores de hombres, así tambien ha ordenado que sus esposas, es decir, las religiosas, sean anzuelo de las almas.»—Sabemos asimismo, por lo que acaeció al P. Julio Mancinelli, que Dios no quiere escasear sus mercedes en esta materia. Acostumbraba este siervo de Dios á rogar por la conversion de los infieles y herejes, y un dia tuvo una vision de ángeles, en la cual

le fué revelado ser voluntad de Dios que rogase igualmente por la conversion de los judios.

2.º Debemos asimismo interceder por los que viven en estado de tibieza y frialdad. Porque si bien estas almas se hallan al presente en gracia de Dios, corren no obstante un riesgo inminente de perderse. Encuéntranse al borde del abismo de la culpa mortal; su necesidad, pues, es grande, y consiguientemente reclama toda nuestra caridad. Si tienen la desgracia de caer en pecado grave, es muy difícil su conversion, más difícil todavía que la conversion misma de un pecador obstinado; y así, el rogar por semejantes personas es una práctica que procura á Dios una grande gloria. Concediólas Jesus la primera gracia; las ha convertido, y ahora está á punto de perderlas; sus intereses, pues, corren un peligro no pequeño. Ya que Dios se ha dignado manifestarnos su singular aversion al tibio, sería muy agradable á sus divinos ojos que nuestras oraciones é indulgencias en favor de esos infelices fuesen una de las mas especiales devociones en que deberíamos ejercitarnos. Casi me atrevería á colocar esta devocion por los tibios inmediatamente despues de la devocion en favor de las almas del purgatorio. ¡Oh dulce Señor mio! paréceme que debes sufrir demasiado con semejantes personas! Además, si llegan los tibios á condenarse, ¡cuántas gracias en vano! ¡cuántos sacramentos sin fruto, y qué triunfo para el rival de nuestro amoroso Jesus!

Os suplico, pues, que penseis, por Dios, en esto seriamente, y al hacerlo así, os ruego que os acordeis de mi humilde persona. La devocion por las almas tibias es una devocion llena de amor y rica de gracias; y acaso vosotros no hayais ántes pensado en semejante cosa.

3.º Tambien la multiplicacion de los Santos y su final perseverancia debería ser igualmente otro de los objetos de nuestra intercesion. La gloria de Dios, el bien de las almas é intereses de Jesus, todos están aquí comprendidos por tantas y tan diferentes maneras, que apenas creo necesario indicarlo siquiera, pues es demasiado notorio. Un solo Santo vale más que un millon de católicos ordinarios. Todavía nuestro Señor reveló á Santa Teresa una cosa más extraña, á saber: que una sola alma, no un Santo, que *aspire* á la perfeccion, era más preciosa á sus divinos ojos que millares de aquellas que viven una vida comun y ordinaria. ¡Cuán terrenos somos aun en nuestras devociones, y cómo nos dejamos arrastrar por principios y fuerzas naturales hasta en las mismas cosas espirituales, y al estar ejecutando las obras de Dios! Me acuerdo que me dijo un buen religioso, hace algunos años, que en una ciudad situada al Este de Inglaterra, él y sus feligreses habían elegido como objeto de su especial devocion á cierto número de protestantes, los más conocidos é influyentes de la sociedad, para alcanzar de Dios en fervorosas oraciones la

gracia de su conversion. La demanda parece que no podía ser más racional ; las oraciones suyas , sin embargo , no obtenían respuesta. Ocurrióle entónces á tan piadoso varon que todavía la voluntad humana era capaz de obligar un poco más á Dios en el negocio. Propúsoles , pues , que cambiasen sus oraciones , y rogasen por aquellos que á los divinos ojos estuvieran más dispuestos á recibir semejante gracia ; y hé aquí que de repente se desarrolla una santa emulacion en su propia parroquia ; pues fué voluntad del Señor que alcanzasen sus oraciones frutos abundantísimos de conversiones allí donde ménos lo esperaban , y cabalmente en personas de quienes jamás sospecharon fuesen objeto de una singular predileccion divina. Así ¿quién duda que la viva conmiseracion que no pocos sienten por Europa procede de Dios? Y si el vasto objeto de su intercesion , y el aspecto asqueroso y repugnante de la herejía , inmoralidad y supersticion que desgraciadamente reinan en estas hermosas regiones , los tienta á desmayar en su celo y caridad , ¿por qué no piden á Dios envíe á la Europa unos cuantos Santos , unos verdaderos Santos , y la batalla estaría más que medio ganada? Quiero , pues , decir con todo esto que las oraciones suelen despacharse más prontamente , cuando van fundadas sobre algun principio sobrenatural. No parece sino que Dios tiene reservadas en casos dados , para semejantes actos espirituales y de fe , gracias y mercedes muy singulares.

4.º Debemos asimismo rogar por todos aquellos que están sufriendo en el mundo varias necesidades y tribulaciones , así espirituales como temporales. Oigamos lo que cuenta Orlandini del P. Pedro Fabre , á quien San Francisco Javier solía poner en la letanía de los Santos , y San Francisco de Sales honrarle , como si estuviese canonizado. Nada afligia tanto y angustiaba el corazon compasivo de aquel siervo de Dios , como el poco cuidado que la mayor parte de los hombres se tomaba por contar y tratar con Dios sus trabajos y negocios , siendo su única solicitud acudir á socorros humanos , desdeñando los celestiales y divinos. Semejante abandono estimulaba vehementemente su tierna compasion , y le inducía á encargarse de exponer á Dios los cuidados y calamidades de todo el humano linaje , constituyéndose medianero suyo en sus miserias y aficciones , hasta llegar á desear con vivas ansias tener siempre , cual otro Moises , levantadas sus manos en alto , para llevar el socorro y la consolacion á tantos infelices vivos ó difuntos como estaban batallando con el dolor y la tribulacion. Representábase las varias vejaciones , calamidades , congojas , hambre , desnudez , desesperacion y toda la muchedumbre de males á que está sujeta la misera naturaleza humana ; y cual piadoso y celoso sacerdote , para valernos de la comparacion de San Juan Crisóstomo , defendía delante de Dios las causas de todos los hombres , como si hubiese sido es-

pecialmente constituido padre comun del humano linaje. Es increíble el celo que devoraba su corazón, y el vivo anhelo con que deseaba ser ministro de nuestro Redentor, para poder aliviar á los hombres en todos sus trabajos; y hasta, por decirlo así, suspiraba, á pesar de su humildad, por el don de milagros, para curar aquellas dolencias á que no alcanzan los medios naturales.

5.º Debemos igualmente interceder con toda solícitud por las necesidades de nuestros bienhechores, entre los cuales tenemos que contar á nuestros enemigos, por las ocasiones que nos ofrecen de merecer, y recursos que nos procuran para ganar el cielo. Decía Santa Inés á Santa Brígida:—«No hay cosa más hermosa ni más acepta á los ojos de Dios como amar á los que nos injurian, y rogar por nuestros perseguidores.»—San Juan Crisóstomo, hablando de David y Saul, nos enseña—«que serémos tenidos como mártires, contando á nuestros enemigos en el número de nuestros bienhechores, y rogando por ellos sin cesar.»—Al P. Julio Mancinelli, persona muy devota de la oracion de intercesion, le fué declarado que era uno de los siete hijos de la Iglesia militante que entónces—sobre el año 1603—más se señalaban ante el divino acatamiento por sus oraciones en favor de todo el humano linaje. Cierta dia tuvo la dicha incomparable de ver en espíritu la gloria que gozaba San Lorenzo Mártir; y entre las varias inspiraciones

que entónces recibiera, una de ellas tenía por objeto hacerle conocer la obligación que tenemos de dirigir á Dios fervorosas oraciones por nuestros bienhechores, no sólo á causa de los favores y bienes temporales que nos otorgaban, sino tambien por el afecto de caridad con que se dignaban concedérselos: afecto que es de mayor estimacion que los mismos dones que tienen á bien otorgarnos. Ambos favores tenemos que pagárselos: los dones, con nuestro trabajo y asiduidad en la oracion: y el afecto de su caridad, amándolos y obteniéndoles gracias abundantes de Dios nuestro Señor. En nuestro agradecimiento es asimismo necesario que respondamos á su intencion, haciéndolo por amor de Dios, como ellos lo practicarán al ofrecernos sus favores. Para recompensar, pues, de algun modo esta su reverencia, amor y ternura hacia Dios al darnos sus cosas, preciso es que tambien les deseemos toda suerte de bienes, y que pidamos al Señor sean promovidos para que le sirvan más y más cada dia con obras de caridad.

6.º Debemos asimismo rogar por aquellos que se ocupan seriamente en el adelantamiento de la perfeccion cristiana, y por todo cuanto apetezcan en orden á ese fin, aunque envuelva alguna pena y afliccion. Porque este es un apetito comun á los Santos; y lícito será desearles lo que legítimamente pueden ellos pedir para sí, pues que es provechoso á la gloria de Dios, intereses de Jesus y salvacion de las almas. San

Francisco Javier, cuando se le apareció San Jerónimo en Bolonia y le predijo lo que tenía que sufrir, exclamó: *¡Más, Señor, más!* Santa Teresa solía decir: *O padecer, ó morir*; y Santa María Magdalena de Pázzis repetía con frecuencia: *Ni padecer como ahora, ni tampoco morir, sino padecer más.* El Profeta Rey también exclamaba: «Pruébame, Señor, y experimentame; acrisola al fuego mis riñones y mi corazón.» Jeremías, con miedo natural, pero con sobrenatural confianza, dice al Señor: «¡Castígame, oh Señor, mas según tu juicio, y no según tu furor, no sea que me reduzcas á la nada.» San Pablo añade: «Me complazco en mis enfermedades, y en los ultrajes; y en las necesidades, y en las persecuciones, y en las angustias en que me veo por amor de Cristo.» ¡Y cuán soberanamente bellas y regaladas no son las palabras del siguiente pasaje de Job (1). «¿Podrá comerse un manjar insípido que no está sazonado con sal? ¿ó habrá sujeto que coma con gusto aquello que probado, causa la muerte? Las cosas que ántes hubiera yo rehusado tocar, ahora, por la estrechez en que me hallo, son mi alimento. ¿Quién me diera que fuese otorgada mi petición, y me concediese Dios lo que tanto deseo, y que Aquél que ha comenzado á herirme, acabe conmigo, deje caer su mano y corte mi vida? Y mi consuelo sería que sin perdonarme, me

(1) Cap. VI.

afligiese con dolores, y no me opusiese á los decretos del Santo. Porque ¿cuáles son mis fuerzas para poder sobrellevar tantos males? ¿ó cuándo tendrá fin mi padecer, para prometerme perseverar en la paciencia? Que no es mi firmeza como la de las peñas, ni de bronce mi carne.»

7.º Aquí podríamos añadir que no pocos escritores espirituales recomiendan la oración de intercesión por el aumento de la gloria accidental de los bienaventurados del cielo. Cuando, por ejemplo, ruega un religioso por que los de su Orden vivan santamente, ó para que alguno de ellos pueda llegar un día á ser canonizado, el fundador, viéndolo en Dios, ó bien revelándose el Omnipotente, recibe un aumento de gloria accidental: en este sentido piden los sacerdotes en la Misa que el sacrificio aproveche á los Santos. Oigamos cómo se expresa el papa Inocencio III (1). «Muchos, ó mejor los más, creen, nó sin razón, que la gloria de los Santos es capaz de aumento hasta el día del juicio, y que la Iglesia por tanto puede lícitamente desearles semejante acrecentamiento de glorificación. Lo mismo enseñan Belarmino, Suarez, Vazquez y Juan Sanchez. Soto presenta como prueba el gozo que experimentan los ángeles en el cielo por un pecador que hace penitencia. Dícese de nuestra Señora haber revelado á Santo Tomás de Cantorbery,

(1) *De Celeb. Missæ.*

que está siempre su gloria recibiendo nuevo aumento con las buenas obras de sus siervos. Así igualmente pueden los hombres rogar por el aumento de devoción hacia algún Santo particular: y á Santa Gertrúdis fué revelado que los bienaventurados reciben nuevos grados de gloria accidental, cada vez que uno comulga en la tierra. Menciono esta práctica sólo para mostrar hasta dónde se extiende la eficacia y prerogativas de la oración de intercesión.

8.º Todavía existe otra devoción de intercesión, tan preciosa y regalada, que basta recordarla para convencernos de su misma excelencia. Dicha devoción está fundada en la vida de María Dionisia de Martignat, una de las primeras madres de la Visitación. Los primeros cincuenta años de su vida los vivió en las cortes de Francia y Saboya; mas el espíritu del mundo no pasó nunca por su corazón sino como las llamas de fuego por los vestidos de los tres niños en el horno de Babilonia. El medio de que se valió para preservarse de semejante contagio fué el siguiente. Tomó un texto de la Escritura para cada uno de los siete días de la semana, á fin de tener constantemente ocupado su espíritu con las palabras de verdad y de vida: la elección de los pasajes fué ciertamente admirable. Para el domingo tomó las palabras: *He venido al mundo para iluminarle, para que quien crea en Mí, no permanezca en tinieblas.*—Lunes: *Él estaba en el mundo y el mundo fué hecho por Él, y el mundo no le*

*conoció.*—Martes: *Es más fácil hacer pasar una maroma por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos; nada, sin embargo, es imposible para Dios.*—Miércoles: *Mi reino no es de este mundo, y aquel otro pasaje en que Jesús llama á Satanás el príncipe de este mundo.*—Jueves: *No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste.*—Viernes: *Ahora es el juicio del mundo; y Yo, cuando sea levantado en alto, todo lo atraeré á Mí.*—Sábado: *Si me amáis, mi Padre os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente el Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce.* Estas siete fuentes de verdad inundaban su espíritu de luces tan abundantes para ver las miserias del mundo y vanidad de sus pompas y placeres, que constantemente tenía en sus labios aquellas palabras de Salomón: *¡Vanidad de vanidades! ¡Todo cuanto existe bajo el sol es vanidad!* Solía decir que si un ermitaño hubiese pronunciado semejantes palabras, habríanse recibido como exageración de un contemplativo: pero habiéndolas Dios puesto en boca del más grande, del más rico y pacífico de los reyes, inspiraron en su ánimo una compasión tan profunda hácia los grandes del mundo por el riesgo que corría su salvación, que luego al punto se resolvió á tomar á los ricos, nobles y poderosos de la tierra como asunto de una especial devoción: práctica que ella deseaba con vivas ansias inspirar en el ánimo de todos cuantos en-

contraba. «¡Ay! exclamaba, los poderosos del siglo se ven envueltos en una muchedumbre de miserias poco comunes; bajan á los infiernos sin pensarlo siquiera, porque la escalera que allá les conduce es de oro y de pórvido. Los grandes de la tierra no se ocupan un solo instante en reflexionar que pronto han de ser muy pequeños. Como tienen la costumbre de mandar á los demás, presumen demasiado de sí mismos, y viven como si el cielo, los Ángeles y el mismo Dios estuviesen bajo su obediencia como los hombres y la tierra. ¡Qué desengaños quedarán cuando en un momento descubran que fueron, y lo serán ahora eternamente, esclavos de Satanás! O bien, si Dios se muestra con ellos misericordioso, ¡cuál no será su sorpresa al encontrarse en el reino de los cielos, ocupando un lugar más bajo que aquellos pobres y andrajosos á quienes no hubieran tolerado se les acercasen acá en la tierra ni á cien leguas!»

De aquí es que durante toda su vida abrigó esta tierna compasion por los ricos y poderosos del siglo, intercediendo con especial asiduidad en favor suyo. Oíasele decir que el rogar por semejantes personas era un acto más grande de caridad, que hacerlo por aquellos que estaban languideciendo en los hospitales y prisiones. Celebraba con particular reverencia y singular devocion las fiestas de los reyes, reinas, princesas y príncipes canonizados. Nada había, segun ella, que más debiese confundir y esforzar á la

vez á un cristiano, como la santidad heroica de los grandes de la tierra que se conservaron humildes en medio de la gloria, y vivieron en el mundo como si de él estuviesen alejados. Tenía asimismo la piadosa costumbre de ayunar en las vigiliass de estas fiestas; y todas las oraciones de dichos dias ofrecíalas por la salvacion de los nobles y potentados de la tierra. No sé qué juicio formarán los demas acerca de esto; por lo que á mí hace, encuentro algo de extremadamente tierno en devocion tan espiritual, y sobremanera celestial y divina.

En consonancia con tan singular devocion está lo que leemos hacia la conclusion de su vida. Un dia, como la Superiora la preguntase si valía la pena pedir cierto favor á una persona de muy alto rango, ella la replicó:—«Sí, Madre mia querida, pedíselo. Os aseguro que es un acto muy grande de caridad para con los príncipes y poderosos de la tierra inducirlos á practicar buenas obras. El mundo, demonio y carne les instiga á hacer tantas obras malas, que indudablemente se verán un dia obligados á tributarnos más acciones de gracias por haber sido nosotras la causa de que ejerciesen la caridad, que cuantas les dimos por las limosnas que nos otorgaron.»—En otra ocasion vió que la Superiora estaba escribiendo á una princesa, y dijola entónces estas palabras:—«Madre mia, en vuestras cartas á los grandes de la tierra servíis poner alguna breve consideracion acerca del santo



temor de Dios, acerca de la soberanía de la Majestad divina, ó grandeza de la eternidad y brevedad de la vida presente. Son muy adulados esos infelices poderosos de la tierra, y día vendrá en que deseen no haber recibido semejantes lisonjas.»—Cuando supo la muerte de Luis XIII, exclamó: «¡Ay! yo ví nacer á ese monarca, le ví bautizar, y coronar, y casar, y reinar; y ahora ya no existe!» Preguntáronla entonces si rogaría mucho por él:—«Si, contestó, más de lo que comunmente pudiera creerse; pues aunque vivió y ha muerto como verdadero cristiano, es posible que todavía tenga que satisfacer alguna deuda á la inexorable justicia del Rey de reyes. Ha ido á un reino que únicamente es conquistado por los humildes de corazón: ninguno entra allí con el cetro en la mano.»—Todos los lunes rezaba el Oficio de difuntos por las almas de los príncipes y princesas; y los viernes por los caballeros de Malta y por todos aquellos que morían en el campo de batalla en defensa de la Iglesia. No raras veces decía asimismo los Salmos graduales por los guerreros, á fin de que no adquiriesen hábitos viciosos en la carrera de las armas, la cual por cierto no es la mejor de las escuelas para vivir santamente, si bien está muy léjos de haber sido infructuosa en dar Santos á la Iglesia de Dios.

SECCION V.

*Secreto y gozo de la intercesion.*

Una palabra sobre el tiempo, lugar y método de la intercesion. Todas estas cosas deben dejarse á la eleccion de cada uno: por tanto, no haré sino sugeriros ciertos avisos de que podréis valeros, si así os place. 1.º Consagrar los dias de la semana á objetos particulares, á saber: 1.º, por el Papa, clero y órdenes religiosas; 2.º, por los que viven en pecado mortal; 3.º, por los que están en la agonía; 4.º, por los tibios; 5.º, por los afligidos y atribulados; 6.º, por aquellos por quienes Dios quiere que hagamos oracion especial; ó bien formando un plan de treinta objetos para todos los dias del mes. 2.º Tomar nota por escrito de tales objetos, y guardarla en nuestro devocionario ó reclinatorio. 3.º Visitar al Santísimo Sacramento, y repasar pausadamente dicho papel, excitándonos á fervorosos afectos de celo por la gloria de Dios y solicitud amorosa por los intereses de Jesus. 4.º Acordar con el Señor elegir alguna breve oracion ó jaculatoria acomodada á todos estos objetos, y usarla en la Misa y Comunión, en nuestra acción de gracias, ántes y despues de la meditacion, rosario, examen, etc. 5.º Si durante la noche estamos desvelados, ó por cualquiera motivo tenemos ciertos intervalos de